

# El cristocentrismo en el Magisterio catequístico de Juan Pablo II

JESÚS SASTRE

Estamos en un momento cultural y eclesial en que podemos releer con profundidad y novedad los escritos de Juan Pablo II. Una constante importante en su magisterio es el énfasis en aspectos relativos al Credo; desde estas grandes afirmaciones hace las propuestas éticas, religiosas y sociales. El eje de su pensamiento teológico y antropológico es el siguiente: Cristo interpreta al hombre de forma única, plena y universal; sin cristología no hay horizonte para el hombre y la humanidad nueva. Con esta base y perspectiva teológica presenta constantemente una antropología en la que la persona se define como «vocación de crecimiento constante en Cristo» y en la que los derechos humanos son valientemente defendidos y el hombre como criatura e imagen de Dios adquiere una dignidad insuperable. Sobre todo dirigiéndose a los jóvenes repite kerigmática, rotunda y gozosamente que Cristo es el único capaz de dar sentido y liberar, quien más nos ama y hace entender nuestra propia dignidad y la mejor opción para construir la «civilización del amor» en un mundo lleno de contrasentidos.

## I. PENSAMIENTO DEL PAPA

### 1.1. FUENTES DEL ASPECTO CRISTOLOGICO

El IV Sínodo de Obispos elevó al Papa una serie de Proposiciones como síntesis complexiva de sus trabajos. Es la fuente más importante para hacer

una lectura y comentario del documento *Catechesi Tradendae*. El *Directorio General de Pastoral Catequética* y la *Evangelii Nuntiandi* son los otros dos documentos anteriores a los que tenemos que hacer continua referencia en el aspecto estudiado, pues están muy presentes en la encíclica *Catechesi Tradendae*. Al hacer estas referencias se puede ver el caminar del magisterio de 1971 a 1979. Nos importa situar los aspectos concretos en una visión global:

*DGPC* (1971):

n.º 40. Cristocentrismo en la catequesis

n.º 114. Vida espiritual del catequista

*EN* (1975):

n.º 6-16. Del Cristo evangelizador a la Iglesia evangelizadora.

*Mensaje del Sínodo* (1977):

n.º 7. La catequesis se centra en el Misterio de Cristo: Palabra, Memoria y Testimonio.

*Proposiciones IV Sínodo de Obispos* (1977):

n.º 9. Cristocentrismo en Catequesis:

Cfr. *E.N.* 25-28. El aspecto más vital del mensaje cristiano está no sólo en conocer a Jesús y su misterio, sino en iniciar en la experiencia por la acción de la gracia, encontrar a Cristo por la oración y en suscitar la presencia de Cristo en el grupo.

*CT* (1979):

n.º 5. Cristocentrismo de la catequesis.

n.º 6. Espiritualidad cristocéntrica del catequista.

n.º 7. Comunicación del Misterio vivo de Dios.

n.º 8-9. Jesús Maestro que enseña con toda su vida.

n.º 29-30. Contenidos que no se pueden obviar e importancia de la integridad del contenido.

## 1.2. EL CRISTOCENTRISMO EN EL PENSAMIENTO TRINITARIO DE JUAN PABLO II

Las tres encíclicas trinitarias —*Redemptor Hominis*, *Dives in Misericordia* y *Dominium et Vivificatem*— forman el eje principal de la enseñanza pastoral del actual Pontífice. En este horizonte —a partir de él o a él orientados—, se sitúan las demás encíclicas o escritos incluidos los de carácter social. El estilo de los escritos de Juan Pablo II y el uso de la Escritura recuerda a

los Santos Padres en sus comentarios y homilias. Por muy teológicos y espirituales que sean sus escritos, contienen siempre una visión-valoración de la cultura actual y una clara y decidida propuesta de cómo ser creyente en este mundo según la identidad católica. El tema de la eclesiología ha sido siempre abordado por el Papa desde unos supuestos cristológicos: la experiencia de Dios sólo es posible desde Cristo y el Espíritu Santo y para renovar la vida eclesial hay que beber de las fuentes de donde brota la vida de la misma Iglesia. Sólo desde el misterio trinitario autocomunicado al hombre y desde el corazón convertido de cada creyente se puede alcanzar para el tercer milenio la «civilización del amor».

La cristología en los escritos del Papa actual está al servicio de la identidad católica en su doble vertiente de presencia eclesial abierta y comprometida y de vuelta constante a las fuentes de la fe, el misterio de Dios revelado en Jesucristo. En este horizonte analiza Juan Pablo II el problema de la cultura actual que opone teocentrismo y antropocentrismo: lo hace desde Cristo —Dios y revelación de Dios y hombre que revela al hombre— en el cual identidad y apertura se implican. El Vaticano II se puede sintetizar en vivir centrados en el misterio de Dios y en el misterio del hombre, resueltos desde la experiencia de Dios Amor, comunión de personas a través de la entrega del Hijo, Jesucristo, y de los hermanos desde el amor con que Cristo nos ha amado. Ahí, en el corazón de este misterio tiene sentido la Iglesia y desde ahí vive, celebra y se compromete. En todos sus escritos —y de manera especial en las grandes encíclicas— ha intentado una reafirmación del misterio trinitario según el Credo y la Tradición. Significativamente hay gran conexión entre la presentación teológica espiritual del misterio de Dios y la realidad socio-cultural estructurada según los sistemas económico-políticos. Vivimos en un mundo que padece crisis cultural y no sólo estructural; Juan Pablo II subraya que esta crisis afecta a los aspectos más profundos de la vida humana, tales como la antropología y la ética; al perder el valor absoluto en la vida, todo pierde peso ontológico. La consecuencia es fácil: entre lo que el hombre es y lo que debe hacer no se admite secuencia lógica ni ética. El fin de este caminar por el consumismo de sensaciones y la existencia fragmentada es el nihilismo existencial, mal solucionado, tanto en unos sistemas como en otros. Sólo la seducción del bienestar, el poder y la violencia parecen sostener la vida humana. Y esto se compatibiliza con grandes afirmaciones formales de libertad, igualdad, participación y solidaridad. A base de querer afirmar pequeños «sentidos» al vivir cotidiano desde la subjetividad y el más absoluto relativismo, se ha perdido el sentido de la vida. El problema es, pues, profundamente antropológico. En la situación actual se da «no obstante las declaraciones humanistas, la primacía de las cosas sobre las personas» (*DM*, 11-12).

Ante esta situación y partiendo de ella, Juan Pablo II retoma el acontecimiento que es la revelación cristiana y desde la aportación del n.º 10 de GS hace una **propuesta** que se nutre de grandes afirmaciones kerigmáticas de las que surgen criterios, orientaciones y acciones comprometidas en todos los ámbitos de la vida humana (cfr. SRS n.ºs 3, 9, 41). Los creyentes tenemos una convicción central y definitiva expresada en el Credo: el misterio del corazón humano sólo tiene respuesta plena desde el misterio del Verbo hecho hombre y nacido de María, muerto y resucitado para nuestra salvación y que nos ha legado su Espíritu, presente y operante en la Iglesia para la realización permanente del Reino <sup>1</sup>.

### *Consecuencias relacionales y sociales*

- **Toda relación humana tiene lugar en el horizonte de la relación constitutiva con el absoluto.**
- **El contenido de la vida social es el servicio, la donación, el amor misericordioso.**
- **El misterio trinitario supone un nuevo sujeto histórico. Aquí está la misión de la Iglesia: el hombre, pero sabiendo que su origen y meta es la Trinidad.**

Juan Pablo II subraya mucho que la fidelidad al hombre depende de la fidelidad al manantial de la fe; uno y otro compromiso son inseparables, mejor, son dos caras de la misma realidad. Esto se clarifica enormemente desde la cristología como antropología y espiritualidad.

### 1.3. ANTROPOLOGIA TEOLOGICA EN *REDEMPTOR HOMINIS*

La encíclica *RH* (1979) tiene carácter programático, pues en ella aparecen los grandes temas que serán desarrollados posteriormente. Todos los escritos del Papa actual expresan profundas convicciones de fe de manera muy personal. Desde el primer momento el cristocentrismo ha estado muy pre-

---

<sup>1</sup> Para mayor ampliación cfr. Rev. *Estudios Trinitarios*. Mons. F.J. Fernández: *El pensamiento trinitario de Juan Pablo II*. Vol. XXII, mayo-agosto 1988, n.º 2, pág. 255-315.

sente en sus gestos, palabras y escritos. Cuando terminó la celebración que inauguraba su pontificado, levantó el Cristo gótico de Pablo VI sobre su cabeza y proclamó lo que fue su lema desde entonces: «no tengáis miedo, abrid las puertas al Redentor». Al mismo tiempo subraya cómo Cristo conoce y ama a todo hombre y a todos los hombres. En la mente teológica y el corazón pastoral de Juan Pablo II, Cristo y el hombre están inseparablemente unidos, religados; esta es la verdad central en toda acción eclesial, pastoral o catequética.

### **1.3.1. Cristo centro del universo, de la historia y de la vida humana**

Cristo Redentor del Hombre es tanto un anuncio kerigmático como una afirmación doctrinal, que tiene grandes repercusiones antropológicas, pues el hecho de que en cada ser humano aparezca el rostro de Dios confiere a las personas una dignidad inigualable (*RH* 14,3). Al mismo tiempo que el hombre lleva esta dignidad, también muestra las señales del egoísmo y el pecado. Sólo Cristo devuelve al hombre su plenitud humana. *GS* 22 aparece varias veces citada y es el leit motiv o eje estructurante de toda la encíclica. El misterio de la Encarnación es el principio organizador de *RH*, pues en este designio amoroso de Dios la humanidad alcanza su plenitud. En el texto aparece constantemente el Evangelio de San Juan y los textos del Vaticano II.

#### **Cristo es:**

- El que revela, esclarece y da respuesta al misterio del ser humano: quién es el hombre, cuál es su vocación y a qué está llamado.
- Cristo Jesús, el Hijo de Dios, tomó nuestra misma condición, se hizo uno de nosotros. Su pensar, sentir y hacer fueron humanos.
- Jesucristo es Dios y hombre perfecto. Como universal concreto se ha unido a «todo hombre» y a «todos los hombres» y ha elevado la naturaleza a una nueva dignidad.

*RH* parte de la obra del Redentor para después hablar al hombre redimido y proponer el hombre nuevo en Cristo. El Papa habla al hombre y a la cultura concreta desde el amor de Dios y la dignidad del hombre revelada en Cristo. La vocación del hombre es, pues, la participación en la vida divina; por la fe, los sacramentos y la gracia vividos en la temporalidad el hombre ca-

mina hacia la plenitud de la bienaventuranza (RH 18,3). La Iglesia es especialmente responsable de la vida en la verdad y el amor (RH 19); la libertad humana se realiza en la verdad y el amor y no es posible al margen de la reflexión y la conciencia. Aquí se produce una inversión de términos que extraña al hombre actual: la libertad así situada no es fin, sino gracia y don para la verdad que se expresa en el «Ecce Homo» y en el que el hombre y la humanidad alcanzan la realización. Es decir, el Verbo encarnado y hecho «uno de tantos» es al mismo tiempo el único camino al Padre y al hombre; y el hombre salvado que vive en Jesucristo es el que alcanza la propia y plena dignidad. De ahí que la Iglesia debe «recorrer el camino de cada hombre». La inteligencia y la vida del «Verbo viviente de la verdad divina» (RH 19,2) sólo se alcanza por la docilidad al Espíritu. El servicio al hermano más necesitado arranca de la participación en la vida divina por la Palabra y el Sacramento, lo cual no es posible sin identificación eclesial plena <sup>2</sup>.

### 1.3.2. Consecuencias pastorales de este planteamiento kerigmático-teológico

- Hay que mirar y dirigirse —como hace el propio Juan Pablo II— a lo específico y profundamente humano del corazón del hombre, más allá de ideologías, sistemas, partidos, etc. Desde esta mirada en profundidad se descalifican los sistemas que no acepten la dimensión trascendente del ser humano. Al mismo tiempo, apreciar grandemente todas las religiones y culturas que admiten y valoran lo espiritual, pues son «semina verbi».
- Necesidad y urgencia de proponer íntegra y explícitamente la revelación de Dios en Cristo a todos los hombres. Esta propuesta forma parte del diálogo fe-cultura y debe nutrirse claramente de la experiencia de Dios. Sin salirnos del mundo y cultura actuales, los cristianos tenemos que aportar lo específico sin vaciar los contenidos.
- Cuando las dos afirmaciones anteriores no se tienen en cuenta, se pierde el sentido de la validez universal de la fe cristiana y la interrelación entre la revelación de Dios, la verdad y la ética. Las consecuencias son fáciles de adivinar: el misterio trinitario y el seguimiento de Cristo no aparecen como el fundamento y el horizonte de la vida humana, y la Iglesia no se entiende como lugar de encuentro con el misterio cristiano y cuya misión es construir el Reino; las rupturas eclesiales expresan falta

<sup>2</sup> Para mayor ampliación cfr. Rev. *Estudios Trinitarios*. J. Agulles Estrada: *Visión de Dios y del hombre en la RH*. Vol. XXII, mayo-agosto 1988, n.º 2, pág. 209-231.

de comunión y afectan de lleno a la fe, pues la unidad es el signo visible de la presencia del Espíritu Santo. W. Kasper habla de esta misma visión de Juan Pablo II con las siguientes palabras:

«La única respuesta a la cuestión moderna de Dios y a la situación del ateísmo actual es el Dios de Jesucristo, la confesión trinitaria, que es preciso rescatar de su lugar marginal y convertir en la gramática general de toda la teología».

- Si el misterio trinitario manifestado en Cristo Jesús es la «gramática de toda la teología», tiene que ser antes que nada la «gramática» de la vida de fe de la Iglesia y de su modo de encarnarse en el mundo y de anunciar la Buena Noticia.
- Metodológicamente, lo anterior exige una espiritualidad y catequesis centrada en la oración; el creyente como «oyente de la Palabra», únicamente puede acercarse a Dios pidiéndole que nos ayude a descubrir lo que nos ha revelado y convierta nuestros corazones. La humildad y la confianza radical de este tipo de oración está muy ausente de la vida de fe de nuestras comunidades y de la pastoral con jóvenes y adultos.

#### 1.4. CRISTOCENTRISMO EN LA ENCICLICA *DIVES IN MISERICORDIA*

Toda la «economía divina» es la donación plena del amor de Dios por su Hijo Jesucristo a través del Espíritu Santo. El núcleo y centro de este escrito es la revelación del Padre por su Hijo; subraya mucho la «figura» concreta del Hijo en quien se revela el Padre de la misericordia. Y la misericordia de Dios en la misión de la Iglesia se resume en la figura de María, Madre del Hijo de Dios. Por todo lo cual, la Cruz es el signo escatológico de la presencia de Dios con los hombres, ya que en el misterio pascual culmina la comunicación mesiánica de la misericordia del Padre. El amor de Dios en la historia aparece como misericordia, es decir, liberación del pobre y pecador, y el amor en la escatología aparecerá como comunión. La conversión es el fruto del reencuentro del pecador con la misericordia del Padre; el amor vivido en la conversión es la fuerza unificante y dinamizadora de la vida cristiana.

Según el Concilio Vaticano II, podemos intuir que Dios existe, pero sin Jesucristo sería imposible hallar el camino que nos lleva a la comunión de vida con Él. El Hijo de Dios unido a la suerte de los hombres es el

Camino, la Verdad y la Vida para ir al Padre y para ser persona. Este don que llamamos Espíritu Santo es ofrecido a todos los hombres con la esperanza cierta de que triunfará por la acción de Dios. Este «darse» divino supera cualquier planteamiento ontológico, pues Dios está en el mundo, pero «trasciende en las cosas» (Zubiri); por eso, la actitud básica del hombre es la de búsqueda —y a ella estamos religados—, y no sería plenamente satisfecha si Dios no saliera a nuestro encuentro en la Encarnación del Verbo. De nuevo aparece Cristo como punto culminante de la historia de salvación y referencia decisiva para la realización-salvación del hombre. Si es el centro de nuestra fe, debe ser, también, la columna vertebral de toda catequesis, planteamiento eclesiológico y de compromiso social. El lugar privilegiado de encuentro con Dios son los ámbitos humanos que necesitan justicia, solidaridad y misericordia; además, el amor que aquí se vive tiene como manantial el amor del Padre. La base antropológica que explica esta actitud de búsqueda como acceso a Dios y que Jesús revela en plenitud la resume Xabier Zubiri indicando que Dios se presenta al hombre como fundamento-ultimidad (yo *en* Dios); como vida de la vida (yo *con* Dios); y como camino (yo *por* Dios). Esto es posible porque Dios creador del hombre es fundamento de su existencia, el garante de su autonomía y la razón de ser del sentido de su vida. Jesucristo aparece como la autorrevelación del Padre en presencia entregada «hasta el extremo»; el creyente acoge este don y por la acción del Espíritu escucha la Palabra, está atento a las mociones del Espíritu Santo y siente constantemente la llamada de Dios <sup>3</sup>.

## II. SITUACION CATEQUISTICA ESPAÑOLA RESPECTO DEL TEMA TRATADO

«El fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto, sino en comunión, *en intimidad con Jesucristo*; sólo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad (...). El objeto esencial y primordial de la catequesis es (...) el misterio de Cristo. *Catequizar es*, en cierto modo, *llevar a uno a escrutar ese misterio en*

<sup>3</sup> Para mayor ampliación cfr. Rev. *Estudios Trinitarios*. J.M. Rovira Belloso, *El Padre, rico en misericordia en la encíclica Dives in Misericordia* de Juan Pablo II. Vol. XXII, mayo-agosto 1988, n.º 2, pág. 251-264.



toda su dimensión...; descubrir en la Persona de Cristo el designio eterno de Dios, que se realiza en Él... Sólo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad» (CT, 5).

## 2.1. ¿POR QUE NUESTRA EXPERIENCIA DE DIOS COINCIDE POCO CON LA REVELADA POR JESÚS?

La religión es encuentro del hombre y de la comunidad con lo divino; en esta relación se pone en juego el hombre como totalidad, es decir, afecto, inteligencia y voluntad. Así la religión estructura la personalidad entera: asunción del pasado, relaciones, culpabilidad, angustia y deseo, experiencia de finitud y apertura al futuro. «Por ello mismo, se enraíza en el pasado más oscuro del individuo, incorporando así los lazos afectivos más íntimos y más durables y constituyendo el problema mayor sobre el que la razón ha de decidirse» (A. Vergote, *Psicología Religiosa*, Taurus, 1973, p. 27).

El primer momento de la actitud religiosa viene definido por la apertura a lo que nos rodea; en este dinamismo influye mucho la afectividad y la intuición. La naturaleza humana tiene la propiedad de dotar a la emoción de un profundo significado al dotar a ésta de carácter absoluto; es decir, el sentimiento humano tiende a envolver a toda la persona y une la existencia personal y comunitaria al cosmos como totalidad.

Esta forma de ser y estar en el mundo marca la experiencia religiosa. «Dicho de otra manera, el sujeto no es explícitamente más consciente de los motivos por los que se dirige a Dios que el niño lo es de las razones por las que ama a sus padres» (A. Vergote, o.c., p. 131). De alguna forma podemos afirmar que el ser humano puede llegar a Dios porque ya lo posee no conceptualmente sino en la relación propia de la existencia; «por la autocrítica psicológica, los sujetos han descubierto el rostro de Dios disimulado a la vez que prefigurado en el Dios de sus necesidades y de sus motivos» (A. Vergote, o.c., p. 183).

La imagen de Dios proviene de las imágenes parentales; está más cerca de la paterna, pero asume más cualidades y más intensamente las cualidades maternas. La imagen paternal se consolida por los elementos humanos de la ley, el modelo y la promesa; la felicidad, pues, pasa por el distanciamiento del deseo y la apertura al futuro. *Cristo realiza el doble plano de*

*la paternidad*, lo cual constituye la originalidad y la paradoja del N.T. El Evangelio nos hace ver que Dios no es la respuesta a los deseos humanos ni se alcanza por lo afectivo natural; por el contrario, hace que la felicidad prometida esté al final de un camino y no en la vuelta a lo «original inmanente». La función paternal se define por la Palabra que es al tiempo ley que prohíbe, reconciliación superadora del mal y reconocimiento de Dios como el que acoge y perdona. Llegamos, pues, a entender la fe como asentimiento personal que supera los dinamismos espontáneos y llama a la conversión. Únicamente a partir de aquí podemos hablar de actitud religiosa. Cristo Jesús es para los creyentes la referencia paradigmática; según las investigaciones psicosociológicas, los valores evangélicos inspiran a los creyentes, pero Jesucristo como Dios es reconocido por un número pequeño de creyentes (cfr. P. Babin, *Dios y el adolescente*, Herder, 1965, p. 185). Según encuestas recientes utilizadas en el congreso de Evangelización (1985), más del 80 por 100 de los españoles se declaran creyentes en Dios, sólo algo más del 50 por 100 reconocen a Jesucristo como Dios y sólo el 6 por 100 estarían dispuestos a dar su vida por la fe.

Hay una cuestión nuclear que desde hace tiempo nos venimos planteando; también en el momento actual es cuestión decisiva. A. Vergote, en la o.c., lo formula así: «¿por qué los adolescentes y jóvenes católicos hablan tan poco y de forma deficiente de Dios según la revelación de Jesucristo?». Da la siguiente respuesta: se debe a unos criterios poco concordantes con el dogma de la divinidad de J.C. y al hecho de no asumir verdaderamente que J.C. era hombre. Si a esto añadimos la crisis de pertenencia eclesial o la pertenencia insuficiente, es explicable la falta de maduración y estructuración de los elementos comprensivos, afectivos y conductuales que aseguran las referencias objetivas de la fe. Cabría añadir una dificultad más: lo vivido y celebrado en la comunidad cristiana se mantiene con dificultades en los otros ámbitos de la vida humana.

Paradójicamente con esta situación descrita, nunca hemos tenido esquemas teológicos más elaborados, catequesis cristológicas mejor estructuradas y óptimas orientaciones sobre la catequesis antropológica o de la experiencia. Algo tiene que haber ocurrido para que en la práctica no se haya traducido la acción catequética en una fe más cristológica, con más actitud de conversión y sentido de pertenencia eclesial. «Al ser relación con Dios, el acto de fe tiene a Dios por "objeto"; es decir, Dios es el término y el contenido de la fe. La religión no se refiere a un concepto, sino a una realidad, la persona divina en sí misma... Siendo así, *son visibles las dificultades psicológicas que implica el acto de fe*. ¿Cómo referirse a una per-

sona invisible y que además se da por centro de la existencia humana, sin pretender por ello reabsorber todas las otras actividades humanas? Y por otra parte, ¿cómo relacionarse personalmente con Dios a través de un sistema dogmático? (A. Vergote, o.c., p. 295).

## 2.2. CARENCIAS CATEQUETICAS EN ESPAÑA RESPECTO DEL CRISTOCENTRISMO SEGÚN LO PRESENTA JUAN PABLO II

### 2.2.1. Hemos mutilado la rica complejidad del acto de fe

Si Dios es al tiempo la meta de las aspiraciones humanas y la persona en quien se confía plenamente, el acto de fe une la convicción mental, el asentimiento afectivo y la relación interpersonal. La fe reconoce la presencia de Dios como absoluto que da unidad a la persona y relativiza todas las cosas; la Palabra autocomunica esta presencia y especifica la respuesta obediencial por parte del hombre. La certidumbre de lo que creemos acompaña al asentimiento y es su consecuencia inmediata; según 2 *Tim* 1,12, en el mismo acto de creer se experimenta en quién se cree. Este hallazgo fruto del asentimiento debe ser alimentado y mantenido. La mayor dificultad para la acción del catequista reside en *personalizar la fe* para que no se reduzca a ideas y logre movilizar el corazón y la voluntad, es decir, la persona entera. La personalización de la fe tiene doble dimensión: que sea opción personal libre y consciente, y que consista en la comunión de vida con la persona de Jesucristo Resucitado. Uno y otro aspecto son carenciales en nuestra catequesis.

### 2.2.2. La fe supone una determinada forma de vida (ética y psicológica) que facilite la aceptación de lo trascendente

¿Es posible creer en nuestro mundo? ¿Se puede intentar creer sin hacer al mismo tiempo un análisis serio y riguroso de la realidad? ¿Amoldamos la fe o nos convertimos al Dios vivo? «Convertíos y creed la Buena Noticia» fue el primer anuncio del Evangelio; sólo unos determinados valores morales, una forma concreta de entender la autonomía humana y el orden social, nos permite encontrarnos con el Dios de Jesús. Lo contrario es casi imposible y, a la larga, contradictorio. A este respecto, es sintomático el análisis valorativo que Juan Pablo II realiza del hombre y cultura actual en todos sus escritos, incluidos los de carácter trinitario. Más aún, como

después veremos, los escritos sociales sólo se pueden entender desde las tres grandes encíclicas, y de manera especial desde *RH*, escrito de carácter programático. La cultura y la vida social condicionan grandemente no sólo la forma de entender la fe, sino su misma vivencia real y concreta.

### **2.2.3. La discontinuidad entre fe y vida en muchos creyentes**

Esto se produce cuando la revelación, las verdades dogmáticas, no alcanzan ni inspiran las actitudes humanas ni la relación con el mundo. Cuando se da este fenómeno, el Credo adquiere carácter teórico y sus contenidos resultan irrelevantes para la existencia cotidiana. Toda formulación sobre Dios para que sea «auténtica y eficaz» debe ser formulada desde una relación interpersonal en la que la vida en su totalidad queda comprometida. Cuando esto no sucede, la acción pastoral y catequética no ha logrado clarificar cómo la fe dogmática contiene el diálogo Dios-hombre realizado en la historia de salvación. Si es así, el creyente debe dirigirse a Dios tal como Dios es y se ha revelado, no como se desea desde las motivaciones psicológicas; supone un descentramiento que supere la religiosidad infantil, es decir, proyectada desde los intereses psicológicos. «Sin duda, la Palabra de Dios responde en cierto sentido a un deseo del hombre, pero, *tomando la iniciativa e instaurando su Reino, Dios obliga al hombre a revisar sus concepciones* sobre el mundo, sobre su propio misterio personal y sobre Dios mismo. Dios sacia al hombre, pero no sin frustrar en cierta medida sus deseos. Lejos de ser una “proyección religiosa” la fe dogmática es, ante todo, asentimiento» (A. Vergote, o.c., p. 306).

### **2.2.4. ¿Cómo armonizar la autonomía humana con la revelación de Dios en Cristo y la pertenencia eclesial**

¿Cómo conjugar el esfuerzo del hombre de hacer un mundo nuevo con el encargo de Cristo de construir el Reino por Él inaugurado de forma definitiva? ¿Cómo conjugar la ética autónoma con los valores revelados en la persona y el Evangelio de Jesús?

No es fácil contestar a estas preguntas desde el Evangelio, en el momento cultural de postmodernidad que estamos viviendo, ya que predomina un humanismo teñido de subjetivismo y de fragmentación. Estos temas no son los primeros que aparecen en una catequesis, pero sí se juega en ellos

la solidez y profundidad de la fe. El núcleo fundamental de la revelación cristiana es que Dios Padre no es enemigo del hombre y es el fundamento y horizonte de su autonomía. Es difícil llegar aquí sin una conciencia del propio pecado y la salvación realizada por Cristo Jesús en su misterio paschal. La base de la autonomía humana contiene una actitud de humildad ante la tentación constante del hombre de «hacerse Dios». «La integración de los valores terrestres en la actitud religiosa ha llegado a ser para los creyentes un problema crucial» (A. Vergote, o.c., p. 312 y 313); máxime cuando los compromisos históricos no tienen respuesta fija ni automática desde la fe, pues siempre se necesitan mediaciones prácticas no únicas ni aseguradas desde la propia cosmovisión.

Los conflictos y tensiones propios de la actitud religiosa, que la purifican y hacen madurar, también pueden generar la actitud de la increencia. En la modernidad observamos actitudes que tienden a justificar —más práctica que teóricamente—, el vivir como si Dios no existiera; nos referimos a las manifestaciones siguientes: el mundo de lo parapsicológico, el rechazo de toda autoridad y norma, la lógica científico-técnica y la inmediatez de lo inmediato que legitima todo goce. Hay que volver a proclamar con hechos y palabras que Dios no impide la autonomía humana y que el asentimiento religioso no impide la realización feliz; por el contrario, la actitud religiosa parte del reconocimiento de la propia contingencia y la solución a los conflictos está en la toma de decisiones y no en la búsqueda de seguridades intelectuales. La nueva síntesis vital se da al pasar del fideísmo propio de la infancia al asentimiento personal. La actitud religiosa adulta tiene las siguientes características: mayor y más gozoso descentramiento de sí mismo, situar bien la opción creyente en medio del pluralismo, un mayor compromiso con la ética social, el sentido comunitario-institucional de la fe y la opción cristiana como vocación que da sentido a la vida.

### **2.2.5. Dicotomías metodológicas**

Los números 31-35 de *CT* hablan de la educación de la fe con métodos pedagógicos adaptados y diversos al servicio de la Revelación y de la conversión (n.º 52) que facilite la encarnación del mensaje en las culturas (n.º 53). En cada momento histórico y situación tendemos a subrayar el elemento que nos parece más importante en sí mismo o más carencial en la época anterior. Frente a una tradición catequética excesivamente nocional y de contenidos se han subrayado otros aspectos más descuidados;

hacer buenas síntesis es lo más difícil. *CT* en el n.º 22 nos habla de superar las dicotomías en la metodología catequética: no oponer ortopraxis y ortodoxia, sistemática y experiencia, vida y doctrina. Al constatar este problema no podemos quedarnos con la impresión de que es una mera cuestión metodológica; la crisis es más profunda y refleja un reduccionismo en la concepción cristológica, expresión de la penetración de lo divino en el hombre y manifestación en el hombre de los dones de Dios. Esta sabiduría en el comprender, en el hacer y en el transmitir la adquirimos en la persona de Jesús (cfr. 1 *Cor* 1-2; *Flp* 3; *Jn* 17,6.26). «Porque lo original en él no es que invoque a Dios como Padre, sino que le invoque por este nombre sobre la base de acciones de liberación que cuestionan la autoridad de Israel» (cfr. Duquoc, *Jesucristo en la historia y en la fe*, Madrid, 1977, p. 49). Es necesario volver al misterio de la cruz donde se nos revela que el valor absoluto es un hombre crucificado (cfr. J. Moltmann, *El dios crucificado*, Salamanca, 1975). Sólo este hombre entregado totalmente a los demás, libre de sí y obediente al Padre es Dios y en él habita la plenitud del amor; por eso vivir la trascendencia y ser bueno es amarnos «como él nos ha amado».

Hay que evitar por igual el reducir la educación de la fe a mero proceso de apertura a Dios regulado primariamente por las leyes psicosociológicas propias de la dinámica de grupos, como el prescindir del hombre concreto y referirse únicamente a los contenidos objetivos y normativos de la revelación cristiana. Un método catequético que supere estos dualismos supone catequistas maduros, convertidos y debidamente formados.

### III. PROPUESTAS PARA RENOVAR EL CRISTOCENTRISMO EN LA CATEQUESIS

El magisterio de Juan Pablo II posterior al documento cuyo décimo aniversario ahora conmemoramos contiene importantes orientaciones prácticas. Jesucristo aparece como el eje central de todo el magisterio de Juan Pablo II, ya declarado programáticamente en *RH*, y constatado en todos los escritos posteriores.

La cristología de esta encíclica y la antropología teológica que en ella aparecen constantemente se explicitan en las otras dos encíclicas que consti-

tuyen la trilogía trinitaria, *Dives in Misericordia* y *Dominum et Vivificantem*. Más aún, las encíclicas de carácter social como *Laborem Exercens* y *Sollicitudo Rei Socialis* difícilmente se pueden entender si no es desde el trasfondo teológico, antropológico y espiritual de estos tres grandes documentos.

En el año 1987 y parte de 1988, el actual Papa dedicó las catequesis de las audiencias generales a la cristología, tanto en su sistematización como en su significado para la vida espiritual del cristiano.

### 3.1. PRINCIPALES SUBRAYADOS SOBRE EL TEMA EN EL MAGISTERIO MAS RECIENTE DE JUAN PABLO II

#### 3.1.1. De cara al tercer milenio se espera de nosotros realizar un nuevo nacimiento de J.C. en nuestra historia

«La constante preocupación de todo catequista, cualquiera que sea su responsabilidad en la fe, debe ser la de comunicar a través de su enseñanza y su comportamiento, la doctrina y la vida de Jesús» (CT 6).

El corazón del Evangelio es la revelación del «verdadero hijo de Dios», plenitud y culmen de la autocomunicación de Dios; por lo tanto, «la verdad sobre Jesucristo pertenece a la esencia misma de la revelación trinitaria» (Audiencia general 20-V-87). YO SOY expresa al tiempo el absoluto de Dios y la cercanía de Dios que actúa en la encarnación y en la resurrección; sólo Cristo tiene el poder de juzgar y perdonar los pecados. «Lo que cuenta para todos nosotros en esta economía de la salvación y del perdón de los pecados, es que *se ame con toda el alma a Aquel que viene a nosotros* como eterna Voluntad de amor y de perdón» (Audiencia general 7-X-1987). «Esta fe, ligada a los otros y a las palabras de Jesús, se convierte en una “consecuencia lógica” para los que honradamente escuchan a Jesús, observan sus obras, reflexionan sobre sus palabras. Pero éste es también el presupuesto y la condición indispensable que exige el mismo Jesús a los que quieren convertirse en sus discípulos o beneficiarse de su poder divino» (Audiencia general 14-X-1987).

#### 3.1.2. Un cristocentrismo en clave de seguimiento

«Jesús llama a seguirle personalmente. Podemos decir que esta llamada está en el centro mismo del Evangelio. Por una parte, Jesús lanza esta

llamada; por otra, oímos hablar a los evangelistas de hombres que le siguen y, aún más, de algunos de ellos que lo dejan todo para seguirle» (Audiencia general 28-X-1987).

Se trata de un seguimiento que pide «una donación total de sí y de sus cosas para la causa del anuncio del reino de Dios». Cada uno se siente urgido en sus posibilidades ante el radicalismo de las exigencias evangélicas.

### **3.1.3. Desde la afirmación de J.C. como Dios-hombre se entiende mejor la afirmación de J.C. verdadero hombre después de la de J.C. verdadero Dios**

El punto de arranque es la verdad de la Encarnación: J.C. no es un hombre aparente, sino real. No hay oposición entre lo «divino» y lo «humano», pues reveló su divinidad mediante la humanidad. Como hombre era plenamente hombre y realizó en plenitud la perfección divina; es la «dimensión antropológica de la cristología» (cfr. GS n.º 22; Audiencia general 3-II-88). Así «manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» (GS 22).

- Jesús, hombre solidario con todos los hombres y «amigo de los pecadores». Esta solidaridad es la manifestación del amor que tiene su fuente en Dios mismo. El Hijo del Hombre ha venido para servir (cfr. *Mc* 10,45; *Jn* 19,5).
- J.C. «se despojó de sí mismo» (Audiencia general 17-II-88). El aspecto más profundo de su humanidad es el despojamiento (kénosis) (*Flp* 2.6-11); ante el hombre que quiere ser Dios, Dios se hace hombre. «Aquí tenéis al hombre» (*Jn* 19,5). «Esta expresión encierra en cierto sentido toda la verdad sobre Cristo verdadero hombre: sobre Aquel que se ha hecho “en todo semejante a nosotros excepto en el pecado”; sobre Aquel que “se ha unido en cierto modo con todo hombre”. Toda la naturaleza humana —toda la humanidad— humillada en la condición penosa a la que la redujo el pecado, halla en la exaltación de Cristo-hombre la fuente de su nueva gloria»... “Hijo del hombre”, según *Daniel* 7,13-14, no significa sólo un hombre común perteneciente al género humano, sino que se refiere a un personaje que recibirá de Dios una denominación universal y que trasciende cada uno de los tiempos históricos, en la era escatológica» (Audiencia general 17-II-88).



### **3.1.4. Las formulaciones de la fe de la Iglesia en Cristo, acuñadas en los concilios, ponen de relieve la dignidad del hombre-persona y por consiguiente sus derechos y deberes.**

De esta forma Jesucristo concretiza y especifica en sí mismo el valor universal de la humanidad pensada y creada en el «consejo eterno» de Dios. La catequesis debe, pues, presentar la verdad integral de Cristo y el alcance de la misma. La fe es la respuesta por parte del hombre a la Palabra de la revelación divina, lo cual incluye también el gozo de vivir de una determinada manera como la mejor y más plena forma de ser persona. «Y en medio de todos estos descubrimientos, no podrá faltar uno fundamental: *el descubrimiento personal de Jesucristo*. Descubrir a Cristo, nuevamente, y cada vez mejor, es la aventura más maravillosa de nuestra vida... ¿Has descubierto ya a Cristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida?... No olvidéis en esos momentos, que Cristo —con su Evangelio, su ejemplo y sus mandamientos— es siempre y sólo el camino más seguro que desembocará en una felicidad plena y duradera... *Es Él quien nos revela plenamente el misterio del hombre y del mundo... Solamente Cristo puede llenar, hasta el fondo, el espacio del corazón humano...* Esta es nuestra tarea más importante, como lo comprendió San Pablo cuando escribió: «*Para mí la vida es Cristo (Flp 1,21)*. (Carta de Juan Pablo II, 27-XI-88. *Jesús: Camino, Verdad y Vida*).

## **3.2. ORIENTACIONES PARA LA PEDAGOGIA CATEQUISTICA**

### **3.2.1. Clara proclamación de la centralidad de Jesucristo para la vida y salvación**

«Evangelizar es, ante todo, dar testimonio, de una manera sencilla y directa, de Dios, revelado por J.C. mediante el Espíritu Santo. La evangelización también debe contener siempre una clara proclamación de que en J.C., Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de gracia y de la misericordia de Dios» (EN 26 y 27). Este anuncio constituye el centro, el punto de partida y la culminación de toda acción evangelizadora.

Esta primera orientación supone una revisión de la metodología propia de la catequesis de la experiencia tal como la hemos venido poniendo en práctica; el paso de la experiencia humana a la experiencia de fe no lo

hemos conseguido bien, pues, a juzgar por los resultados, se ha producido un cierto reduccionismo en la manera de entender y vivir la fe en Jesús:

- La divinidad de Jesús y la explicitación de Dios en Él ha quedado un tanto oculta. La especificidad de la fe cristiana no ha conseguido explicitar la natural experiencia religiosa.
- El aspecto cristológico engloba y reclama el ser entero y pide entrar en relación viva, amorosa y personal con el Misterio.
- De hecho se da una falta de aceptación y compromiso con algunas realidades implicadas en la fe: artículos del Credo, Iglesia, pobres, comunidad concreta, etc., por citar algunos ejemplos significativos.

Esta dificultad únicamente se podrá superar cuando el catequista sea una persona en el camino hacia la «plenitud en Cristo» (1 Cor 3,1; Flp 3,15; Ef 4,13; Col 2,2; 1 Cor 2,6-7; 1 Cor 4,20; Hebr 5,14; Ef 4,15-16; Gál 4,1-11). *Únicamente puede catequizar la persona que tiene integrados todos los aspectos, elementos y estratos de su persona desde la persona de Jesucristo.* Si la fe no llega y recibe desde los aspectos más profundos, es imposible que el catequista cree un clima desde su vida y enseñanza que explicita el mensaje.

### **3.2.2. Es decisiva la estructura dialogal catequista-catequizando** (DGC n.º 45)

En esta relación personal tres son las preocupaciones fundamentales: la Palabra revelada, los núcleos fundamentales de nuestra fe y el asentimiento personal del catequizando. La acción catequética con todo el grupo es muy valiosa e importante, pero es insuficiente; es la base y el punto de partida, pero debe ser complementada con la acción personal para facilitar la interiorización y asimilación.

La estructura dialogal intentará por todos los medios explicitar el sentido «impreso por Dios en Cristo» a la existencia; la Palabra, el Credo y la vida de la comunidad cristiana iluminan y orientan esta explicitación. La misma estructura interna del mensaje cristiano es personal e histórica, pues una persona, Cristo Jesús, con su vida y trayectoria, da sentido a la persona y a la historia. Desde que Dios asumió la naturaleza humana y la historia, ésta es el camino obligatorio para entrar en comunión con Él.

En la relación catequista-grupo, catequista-catequizando, es decisivo el testimonio del hermano mayor que intenta educar la fe. Con todo, la subjetividad del catequista debe estar contrastada y orientada por la objetividad del mensaje. Con harta frecuencia anunciamos el carácter personal de la fe de una forma tal que queda excesivamente subjetivizado hasta el punto de que en algunos casos, más que convertirnos al Dios verdadero, amoldamos sus exigencias y desfiguramos su rostro según nuestros intereses más o menos confesados.

### **3.2.3. Recuperar el tema subyacente a todos los temas: la comunión de vida con el misterio de Cristo y los valores de su Evangelio**

Nos referimos al nivel más profundo de la fe: la participación en la vida divina. Es algo que está más allá de los temas y a lo que se orientan los mismos. Nos referimos a la vida de gracia, o la caridad, que brota de la vida Trinitaria y se nos comunica por la acción del Espíritu. Vivir en esta clave hace que todo cambie: las actitudes, la manera de entender los temas, el sentido de las prácticas litúrgicas o de compromiso social. Sólo quien descubre la posibilidad de existir recreado por el amor de Dios, entiende el tema del pecado y del juicio justo de Dios referido a nuestro compromiso socio-temporal.

El fin de la actitud creyente es la adoración, la entrega total y desinteresada. A conseguir esta disposición se debe orientar de forma convergente toda la acción catequética. La expresión celebrativa que alimenta la comunión es la Eucaristía, centro y culmen de la vida cristiana; además, la contemplación y participación del Misterio en la liturgia lleva al compromiso cristiano.

En resumen, preocupación fundamental y constante del catequista ha de ser el procurar que el conocimiento, la adhesión y la unidad de fe-celebración-praxis comprometida vayan al unísono.

### **3.2.4. La relación entre proceso catequético y sentido eclesial desde la cristología**

Llama la atención el hecho de que determinados itinerarios catequéticos no lleven a amar más la Iglesia, a sentirse más Iglesia y a participar más en la comunidad local. Uno de los cometidos más importantes y más des-

cuidados es la creación del sentido y el misterio de la Iglesia en los grupos y en cada catequizando. El pequeño grupo es elemento decisivo e irrecuperable, pero cobra su sentido desde la comunidad eclesial y a ella se orienta. No hay fe madura sin sentido de pertenencia eclesial; es momento de evitar contraposiciones y de caminar de forma más convergente; es necesario huir tanto del nuevo psicociologismo y del espiritualismo desencarnado como del juridicismo autoritario. Quizás necesitamos corregir nuestra lectura eclesiológica; con frecuencia hemos partido de la eclesiología y desde ahí hemos intentado entender todo lo demás. Cuando procedemos así olvidamos o damos por supuesto que *el manantial de donde la Iglesia vive es el misterio trinitario revelado en Cristo y a la vivencia de comunión orienta su labor y ministerio*. La cuestión no es primariamente eclesiológica, sino teológica, es decir, trinitaria y cristológica. J. Audinet define la catequesis como aquella «acción por la que un grupo humano interpreta su situación, la vive y la expresa a la luz del Evangelio» (*Catequesis y promoción humana*, Sígueme, Salamanca, 1969, 35).

### **3.2.5. En medio del pluralismo de nuestra sociedad presentar la centralidad de Cristo para la vida**

El hombre actual vive una cultura científico-técnica que hace radicar todo lo valioso en la experiencia. Esta actitud prima lo inmediato, las sensaciones y el consumismo desplaza las cuestiones últimas. Vivimos en el fragmento con la pérdida de fundamento y horizonte que esto conlleva, ya que el único parámetro es la subjetividad cambiante. En este contexto la catequesis tiene una doble tarea: ayudar a descubrir cómo la revelación se visibiliza en el mundo y la importancia decisiva que la persona de Cristo tiene para la interpretación del mundo y el sentido de la vida. «La ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo, como lo fue en otras épocas» (EN 20).

Urge esclarecer cómo la labor evangelizadora establece entre los hombres el fundamento de una comunidad fraternal. La credibilidad del Evangelio depende en gran parte del testimonio de los creyentes; la praxis histórica de los seguidores de Jesús plasma en la vida el estilo de Jesús y sus exigencias radicales. Si hay ausencia de formación seria, la ruptura entre la fe y los compromisos socio-temporales se producirá fácilmente. «La formación espiritual ha de ocupar un puesto privilegiado en la vida de cada uno, llamado como está a crecer ininterrumpidamente en la intimidad con Jesús, en la conformidad con la voluntad del Padre, en la entrega a los

hermanos en la caridad y en la justicia» (*Christifideles Laici*=CL 60).

### 3.2.6. El cristocentrismo en el enfoque de los problemas sociales

La Doctrina Social de la Iglesia tiene una fuerte referencia a los Padres de la Iglesia y el Evangelio. Parte de un buen análisis a escala mundial y busca las causas y llega a plantear soluciones concretas. Juan Pablo II plantea el tema de la siguiente forma:

- La causa de las desigualdades, injusticias y explotaciones es de orden moral y antropológico (cfr. SRS n.ºs 30, 33, 34 y 47). Desde la concepción equivocada y «perversa» del desarrollo vemos que la causa es el abandono de la obligación moral y ésta se da por una falta de claridad en la vocación del hombre «imagen de Dios» llamado a «dominar la tierra».
- No se pueden solucionar los conflictos actuales sin admitir la realidad del pecado personal y estructural como desobediencia (= rechazo) al plan de Dios revelado en Cristo. Una vez más, la propuesta ética es antropológica, no de bien o mal, sino de *verdad (vivir en Cristo) o mentira (rechazar lo que somos)*. Desde ahí conversión y revolución van unidos. En el ser «imagen» de Dios está la vocación como llamada a crecer en el don de Dios y la entrega a los demás. *SRS emplea 19 veces el término vocación y 4 el de llamada.*
- *Si se pierde el fundamento ( semejanza divina) y el fin (llamada a la inmortalidad) (SRS 28 y 29) es fácil caer en la deshumanización*, pues se trunca la posibilidad de un «proceso indefinido» en Cristo (SRS 31). «Sólo los pobres, libres de Espíritu, pueden levantar a la humanidad y transformar el mundo» (SRS 40; cfr. LG 9); ante ellos y por ellos hay que desprenderse incluso de lo necesario (SRS 31). En este sentido, la fe en Cristo Jesús reviste a la solidaridad de gratuidad total, perdón y reconciliación, que suponen la estricta justicia, pero que van mucho más allá.

*«La comunión es fundamento y la meta de nuestra solidaridad. Hemos de ser, pues, solidarios, por la igualdad fundamental que a todos nos une; solidarios porque todos estamos llamados a la unidad en Dios Uno y Trino, en Dios comunión; solidarios para alcanzar, finalmente, el grado supremo del desarrollo, la plenitud en Cristo en la comunión eclesial, comunión que supone e implica la convivencia específica en la realización de la justicia so-*

cial» (J. García, *La vocación del hombre en la SRS*, en *Seminarios*, Vol. 34 julio-sept., 88, p. 312).

## CONCLUSION

No es exagerado afirmar que toda la acción catequética tiene como finalidad «conocer la radical novedad cristiana que deriva del Bautismo» (CL 10): hijos en el HIJO, formando un solo CUERPO en Cristo y siendo templos vivos y santos del Espíritu. «Todos los bautizados están invitados a escuchar de nuevo esas palabras de san Agustín: “¡Alegrémonos y demos gracias: hemos sido hechos no solamente cristianos, sino Cristo (...). Pasmaos y alegraos: *hemos sido hechos Cristo!*”» (CL 17). La imagen de la Vid (Cristo), y nosotros los sarmientos empleada como eje estructurante y de contenido en la encíclica *Christifideles Laici*, resume y sintetiza bien el tema tratado, el cristocentrismo en la catequesis, y deja las bases para una sólida eclesiología de comunión al servicio del Reino; sólo la caridad es el alma y apoyo de la solidaridad. Tendremos que seguir profundizando en cómo «el amor condiciona a la justicia y de qué manera la justicia es servidora de la caridad» (DM n.º 4). La Evangelización y la catequesis culminan en la celebración de la Eucaristía, manantial y culmen de la misión eclesial.